

DOÑA DELINCUENTE

13 HISTORIAS

Nina Dotti

Foto de la Portada:

Nina Dotti

Doña Delincuente, detalle, 2014

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

48,26 x 33,02 cm

DOÑA DELINCUENTE

13 HISTORIAS

Nina Dotti

A Marina, mi cómplice, mi abuela.
A Doña Rosa Macías, mi bisabuela.

Índice de contenidos

Agradecimientos	pág. 2
Introducción	pág. 3
Presentación	pág. 4
1. La Virgen del Carmen	pág. 6
2. Nina	pág. 8
3. María Maletas	pág. 14
4. Sapo con pecas	pág. 18
5. Inmaculada Confusión	pág. 20
6. Marina	pág. 22
7. Bailando Cumbia	pág. 24
8. La Dotti	pág. 28
9. Nubia	pág. 32
10. De velo y corona	pág. 36
11. Doña Delincuente	pág. 38
12. La milagrosa	pág. 40
13. El Tesoro	pág. 42
Rosa Macías por Nubia Macías	pág. 45
Lista de obras	pág. 51
Nina Dotti , biografía	pág. 56
Gerardo Zavarce, biografía	pág. 58

Agradecimientos

Esta aventura de la búsqueda de mis orígenes no hubiera sido posible sin la las largas tertulias con Nubia Macías, cuyas valiosas aportaciones clarificaron muchas de mis dudas. Gracias por proporcionarme cada uno de los documentos, fotos y objetos que sirvieron de base para esta investigación genealógica e histórica, que completo exitosamente con gran profesionalismo Jacky Paul Bentzinger.

Tuve la fortuna de contar con la estrecha colaboración de Gerardo Zavarce cuya curaduría le dio forma al hilo de mis recuerdos.

Mi agradecimiento al Espacio para la Cultura Artemisia, por honrarme con la invitación para realizar esta exposición que me hizo regresar a la ciudad donde vivieron mis antepasados.

La ultima versión del texto fue corregida gracias al intenso debate y amable interés de Marina Weckler.

Gracias a Margarita Castro y a Jonathan Penn por el esfuerzo de realizar un excelente trabajo de diseño en tiempo record.

Introducción

Por Nina Dotti

Trece emotivas historias sobre un secreto y una revelación, me llevaron a encontrar una conexión íntima con el valor de lo femenino y con cinco generaciones de mujeres: Ana Francisca, Ana Rosa, Marina, Nubia, Mercedes y Nina.

Hay secretos que nos son revelados para transformar nuestras vidas para siempre. Hay revelaciones que nos hacen conocer de dónde venimos para saber hacia dónde iremos. A veces algún acontecimiento en nuestra vida nos permite comprender que pertenecemos o no a algunos lugares, y qué es lo que nos motiva inconscientemente a buscarnos a nosotros mismos.

Me tomó trece años escribir estas historias, que son como las aventuras complejas y apasionantes con las que soñamos, intentando adivinar cómo terminarán.

Estas historias son para cada una de las mujeres de mi familia, porque deseo que conozcan de dónde venimos aunque nuestros caminos sean distintos.

A mis hijas Nicole y Mariana, les dejo este legado de historias y anécdotas familiares.

Yo, “Doña Delincuente”

Presentación

Por Gerardo Zavarce

Los trece testimonios que componen el presente libro de artista, representan la puesta en escena textual de un recorrido que, mediante la invención de la memoria personal e íntima, remonta el olvido e indaga sobre la plural construcción de nuestras identidades; referentes articulados por la artista mediante la evocación permanente de un pasado tejido a través de la confluencia entre imagen y palabra.

En este sentido, Nina Dotti asume la tarea de vincular los desplazamientos temporales y espaciales de la familia Macías, en un recorrido que muestra como segundo plano diversas escenografías y contrapuntos históricos, sociales y geográficos, tejidos para producir una urdimbre de referencias sensibles que muestran cómo la intersubjetividad implica una estrategia compleja para dibujar los acontecimientos y dar cuenta de los cambios históricos y personales.

Lo experimental supone una de las características esenciales de este recorrido por las huellas sensoriales del pasado. De esta manera, los trece relatos, próximos y personales, que articulan el presente texto, reconstruyen en un juego permanente una verdad dinámica, que es revelada, heredada y profundamente percibida. Entonces, la tarea asumida por la creadora de repasar lo pretérito a partir de sus pequeños vestigios, asume una estrategia que permite moldear el sentido de las sutiles certidumbres que construyen la imagen de sí. Estos relatos son retratos de un sí mismo que al volverse transparentes convocan la multiplicidad de identidades que nos conforman. Tal como sugiere Agrado, personaje transgénero de Almodovar que aparece en la película *Todo sobre mi madre* (2000): “Una es más auténtica, mientras más se parece a lo que soñó de sí misma”

De esta forma, mediante la evocación constante, estos pequeños relatos se inscriben en el espacio que construye la memoria cotidiana. Un lugar alejado de la voz unívoca del poder, alejado de las Voces en mayúscula de las historias oficiales que todo lo abarcan y lo asfixian. Nina Dotti, por el contrario, nos ofrece su versión imaginaria de los hechos, la versión auténtica de lo que soñó de sí misma, sus pequeños relatos. Ella visita el pasado como quien en la noche atraviesa el espejo y recorre un universo de extrañamientos cotidianos, que emergen como deseo de persistir ante todo aquello que, como la vida misma, deviene y se transforma.



1. La Virgen del Carmen

Confieso que tuve una infancia feliz desde que nací hasta mis trece años. Según cuenta mi madre, yo fui una niña muy deseada. Ella, después de parir a mi hermano, luchó ansiosamente cuatro años para quedar nuevamente embarazada. Una vez encinta, cuidó su embarazo de forma extrema y con miles de temores. Entonces, fue idea de mi abuelo que se encomendara a los milagrosos favores de su patrona La Virgen del Carmen o Nuestra Señora del Carmen hasta el momento de mi nacimiento.

El origen de la devoción de mi abuelo por la Virgen del Carmen, se remonta a los años cuando trabajaba como transportista de la Tropical Oil en la región caribeña de Colombia. Durante la procesión de Nuestra Señora del Carmen todos los transportistas salían en una gigantesca caravana, en la que hacían sonar las bocinas de los automóviles, mientras escoltaban la imagen de la *Virgen del Carmen*, que era trasladada por centenares de chalupas por el río Magdalena.

Mi madre se sentía muy orgullosa de tener su primera hija, y por ello, cuando nací, no escatimó en colocar nombres a mi partida de nacimiento. Además de mis dos primeros nombres Andreina Mercedes, recibí un tercer nombre: *del Carmen*, en honor a la *Virgen del Carmen* y como promesa inspirada en la gran devoción de mi abuelito.

Desde el principio, tener tantos nombres se convirtió en un problema para el registro legal de los momentos importantes de mi vida como confirmación, graduación, matrimonio, divorcios, etc. Son tantos caracteres los que componen mi nombre que no caben en ningún documento. Al registrar mi tercer nombre a través de cualquier sistema de informática, siempre quedó algo así: Andreina Mercedes del C.

Obviamente, del C podía tener muchas interpretaciones: del carajo, del coño. Por esta razón, con los años reduje mi nombre a cuatro letras: Nina.



2. Nina

A los 30 días de nacida, mi mamá viajó en avión por primera vez. Creo que por eso me gusta tanto volar. En los momentos de mi vida en que sentí miedo, no escatimé en montarme en un avión e irme a los lugares más lejanos del planeta: Shanghai, Nueva Zelanda, Australia. Los aviones son las máquinas de soñar más perfectas, no puedo imaginar algo tan maravilloso como estar en un lugar en la mañana y luego en otro por la tarde ...y quizás en otro por la noche. Aún sueño con ser piloto.

Mi bisabuela, mi abuela, mi mamá y mi tía abuela Nubia, nacieron en Bucaramanga, Colombia. Después, todos los demás miembros de mi familia materna nacieron en Venezuela, incluyéndome. Antes de tomar mi primer avión a los 30 días de nacida, mi tía abuela Nubia se convirtió oficialmente en mi madrina de bautizo. Llegamos a Palo Alto, California en mayo de 1968.

Recuerdo que la magia de la caja negra, la televisión, se convirtió en mi principal entretenimiento. Mi madre ayudaba a mi padre, que dependía de su su beca, cuidando a los niños de la vecindad. Yo pasaba todo el día en mi corral viendo el programa más fabuloso de la década: Plaza Sésamo (Sesame Street).

Desde su primera emisión, el 10 de noviembre de 1969 por la cadena pública NET, quedé postrada en el corral, totalmente inmersa en el mundo de fantasía, humor y color de Plaza Sésamo. La mezcla de títeres, animaciones y relatos infantiles me introdujeron a los colores, las letras, los números, los días de la semana, me enseñaron a leer, me encaminaron en la aritmética básica, y me dieron mi marca de nacimiento: la risa. Aprendí a reír a carcajadas. Esta fue mi infancia feliz, junto a Plaza Sésamo: It's fun to be me.

Cuando cumplí los dos años, algo empezó a preocupar a mi mamá: yo no articulaba ni una palabra en todo el día. Mi madre le escribió una carta a mi abuela Marina, comentándole sus inquietudes respecto a mi silencio perpetuo, y recibió como respuesta una carta un tanto alarmante anunciando su inminente visita. Mi abuela llegó a California justo el día de su cumpleaños, que celebramos en grande. Digo celebramos, porque yo desde mi corral reía, eso sí, sin pronunciar ni una palabra.

LA CARTA

Caracas, 28 de Abril de 1970

Querida hija:

¡Cuánto lo siento! No quise contarte esto antes: en el momento de tu parto, no fuiste inducida como normalmente se hubiera hecho, porque la fecha prevista por el médico ya había pasado. Tu doctor decidió ponerte anestesia general y ayudarse con fórceps para sacar a la niña. Por eso tenía tantos morados y chichones en la cabeza. Espero que ese procedimiento no haya causado ningún daño cerebral en la niña. Estoy preparando mi viaje, llego a California en dos días.

Muchas bendiciones,

Marina

Durante los siguientes días, mi abuela se instaló en el salón para observarme día y noche. Al cabo de tres días de miradas y risas -yo era una niña muy risueña y alegre- Marina le dijo a mis padres durante la cena:

Andreina se ríe cuando los muñequitos de la televisión se ríen.

Ella se sienta, cuando los personajes se sientan.

Se para, cuando los personajes se paran.

La niña aplaude, cuando en la televisión aplauden.

Yo estoy casi segura de que la niña habla en inglés.

¿Ustedes en qué idioma le hablan? -Preguntó con sarcasmo.

Mi madre responde muy segura:

- En Español.

- Háblale en inglés hija mía, por favor, respondió mi abuela.

Mi madre se acercó al corral. Yo estaba allí con mis rollos puestos y sonriendo de oreja a oreja. Ella decidió hablarme en inglés, finalmente.

- ¿How are you, Nina?

- Happy mom, respondí.

El misterio estaba resuelto. A partir de ese momento no paré de hablar, y por supuesto, seguí riendo.



Vintage

Pasaba horas corriendo en el jardín recogiendo mariposas, eran mi obsesión. Las colocaba en frascos de vidrio que mi mamá guardaba en el gabinete de la cocina. Cada tarde, ella misma las liberaba para que al día siguiente yo comenzara de nuevo el mismo ritual, era como rezar al Ángel de la Guarda cada noche.

Mi mamá solía recibir de mis maestras una y otra vez la misma respuesta, cuando les preguntaba por mí:
-Nina es una niña maravillosa cuando baja de la luna.

Ya entonces me encontraba sumergida en mi mundo de fantasías y sueños. Nací siendo una soñadora profesional.



María Moñitos

Ronda Joropo



Ma-ría Mo-ñi-tes me con-vi-dó a co-mer plá-ta-nos con a-
rroz, co-mo no qui-se su ma-za-co-te, Ma-ría Mo-ñi-tes se dis-gus-tó.

María Moñitos me convidó
a comer plátanos con arroz.
Como no quise su mazacote,
Maria Moñitos se disgustó.

Petrona Concha Natividad
come chorizo sin cociná.
Chupa bagazo, come cochino
y come ají sin estorudá.

Para ese momento, mi abuelo había desplegado sobre la mesa del comedor todos los libros y cuadernos que guardaba en uno de mis bolsos.

- ¿Y usted tiene clases de matemáticas hoy? -preguntó.

- No, respondí con voz afligida.

- Entonces, ¿por qué llevas esto en el bolso? Preguntó señalando el libro de matemáticas.

- Bueno, porque cuando estoy en el recreo, me siento y practico las cuentas, respondí con confianza.

-Ahhhhh...

¿Y Usted tiene ciencia hoy?

-No, volví a responder.

En ese momento comprendí que estaba metida en tremendo lío con mi abuelo.

-Pues mire María Maletas, hoy no lleva ni este cuaderno, ni ese libro, ni este estuche, ni ese juego, porque eso es mucho peso y muchas maletas y bolsos para usted sola y lo único que logrará será dañarse la espalda.

Ese día nació para siempre el personaje de María Maletas. El sobrenombre pasó de uno a otro entre los miembros de mi familia, hasta que todos me llamaron María Maletas, pero ciertamente nunca dejé el hábito de cargar maletas, bolsos y bolsas. A través del tiempo, siempre me gustó estar prevenida para lo que pudiera venir o para lo que pudiera hacer, así que seguí cargando bolsos y maletas llenos de cosas, hasta la exageración, llegando a parecerme cada vez más a una gitana.

Mi madre -que aún sufre por esta manía mía- cuando me ve con todo lo que llevo encima como un caracol errante, sólo dice: ¡Ay María Maletas!



4. Sapo con pecas

Un día estaba jugando en el patio del colegio cuando se acercó a mí una niña blanca, de cabellos rojos y la cara llena de pecas.

-Me llamo Carmen, ¿y tú cómo te llamas? preguntó.

- Andreina Mercedes del Carmen, respondí.

-Bueno me llamo Carmen Amelia, no sin hacer un gesto muy característico de ella.

Desde este primer encuentro, María Maletas y Pecas, se convirtieron en amigas inseparables. Ni siquiera la decisión terrible de mi madre de cambiarme de colegio logró que nuestra amistad dejara de brillar ni un segundo.

Tercer grado fue extraño, no sólo porque fue mi último año en el Instituto Arturo Michelena. También comenzaron a suceder cosas extrañas a nuestro alrededor. La madre de Pecas enfermó de cáncer y poco a poco fuimos viendo como su llama iba apagándose. Octavia, la nana de Pecas, se convirtió en el hilo conductor de nuestras vidas y de nuestra extraordinaria complicidad.

Pasaba muchos fines de semana en casa de Pecas, su mamá, Adriana, era la mujer más alegre que había conocido. Recuerdo que, aún con los tratamientos de quimioterapia y sin cabello alguno en su cabeza, nos hacía ponernos turbantes para jugar con nosotras y hacer de tres brujas que leíamos el futuro.

En este juego, por supuesto, ella siempre nos decía que teníamos que besar muchos sapos antes de encontrar a nuestro príncipe y que seríamos felices para siempre. A Pecas le agregaba la coletilla: “y tendremos una docena de niños”. Pecas era como Susanita y yo como Mafalda. Mi amiga quería tener hijos, soñaba con tener hijos. Yo era algo más rebelde y tenía un comportamiento excéntrico, pero como era tan entusiasta, ella me amaba por encima de todas las cosas. No podía ser de otra forma, pues ella era y es mi BFF: Best Friend Forever. Éramos buenas y traviesas, dulces y temperamentales, calma y huracán, arte y cordura, ying y yang, hippy y glamour. Nosotras: almas gemelas perfectas, amor incondicional.



5. Inmaculada Confusión

Mi madre me cambió de colegio pensando que necesitaba un poco más de disciplina. Basada en su propia experiencia, creyó que el colegio católico de monjas era lo mejor para proporcionarme una orientación religiosa, cristiana y “adecuada”.

Recuerdo que desde el primer día el colegio no me gustó. Sin embargo, pasé muchos años de mi vida en ese recinto, en el gélido colegio de monjas. No había nada que pudiera hacer para evitarlo! Creo que tenía mucho miedo a enfrentar la voluntad de mi madre, sabía lo que esto implicaba. Mi único consuelo era refugiarme cada vez que podía en la casa de mi abuela en la calle González Rincones. Mi vecindad. Ese era mi lugar más sagrado después de mi anterior colegio donde tuve que dejar mis afectos repentinamente. Pero no protestar y mantenerme en el colegio de monjas, me permitió obtener el permiso para ir a jugar todas las tardes en la cuadra de mi abuela, con mis amigos del otro colegio.

La pequeña capilla del colegio de monjas era fría, construida en mármol blanco, inmaculado, como el nombre del Colegio Inmaculada Concepción. Cada vez que entraba en ella, sentía que no pertenecía a ese lugar. Al poco tiempo de estar en el colegio fui abordada por la madre directora, quien me preguntó de forma muy seria:

- ¿Cree usted en Jesús Cristo? ¡Conteste!

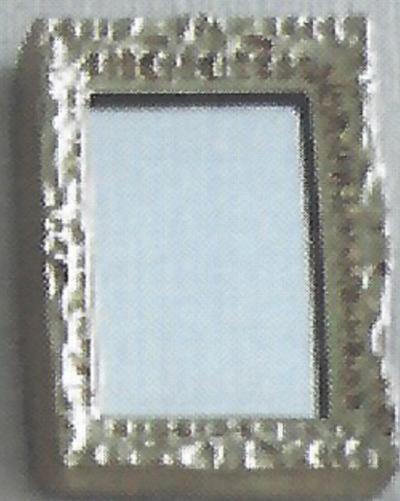
-No sé... Creo porque mi mamá me ha enseñado a creer en él... respondí.

A lo que ella me increpó:

-Usted es una hereje.

Nunca pude encontrarme en ese lugar, lo que sí sé, es que allí pasé ocho años de mi vida estudiando, hasta que me gradué de bachiller, y que cuando ingresé en la universidad, sentí por primera vez en mucho tiempo que era “LIBRE”.

Estando en la universidad, sentí una gran atracción por la espiritualidad de las civilizaciones orientales, en particular la práctica budista, y luego hice mi tesis de grado con un compañero judío. Resultó muy interesante este acercamiento a la religión más antigua del mundo. Si Jesúscristo viniese de nuevo a la tierra, iría directo a una Sinagoga.



6. Marina

Marina fue mi mejor cómplice. Mi conexión con ella era más fuerte que todas las palabras. Ella entendía mis necesidades y me ayudaba a buscar mis sueños. Me crié en la vecindad de mi abuela. Allí estaban todos mis amigos de infancia. Pero más que ir a jugar, yo amaba pasar tardes enteras con mi abuela. La dinámica era muy particular. Los viernes, en vez de tomar el autobús del colegio hasta la casa de mi madre, yo tomaba el autobús que me dejaba en la esquina de la casa de mi abuela. Al llegar, subía corriendo la cuadra para cambiarme rápidamente de ropa y prepararme para la comida.

Mi abuela me esperaba con un succulento caldo colombiano que algunas veces se convertía en un caldo con masas de harina que flotaban (era su versión de las “matzo ball”, yo no tenía idea). Después de comer, ella se vestía muy elegante y procedíamos a caminar calle abajo para tomar un autobús que nos llevaba al centro de la ciudad. Una vez allí, caminábamos derecho a La Linda, un almacén de telas y materiales que usaba en la confección de sus famosos trajes de novia.

Allí, ella comenzaba su “performance”: preguntaba por los colores, sacaba telas de su bolsa plástica y comparaba los hilos para que combinaran a perfección con los colores de sus cortes... Mi abuela era modista, pero para mí ella era mi Coco Chanel. Era perfecta, elegante y pizpireta.

Después de revisar todos los hilos y de buscar recortes de tela a precio de descuento, empezaba el regateo. Esa era su especialidad. Terminaba pagando sólo el 25% del costo de todo. Ella era maestra en este arte milenario practicado tradicionalmente por la mayoría de las civilizaciones orientales.

La última parada era la cerrajería de mi abuelo José. Apenas nos veía llegar, abría la caja registradora y sacaba una moneda para mí. La idea era que comprara golosinas, algo para alimentar las palomas de la Plaza Bolívar y guardara el resto para la alcancía. Recuerdo que en muchas ocasiones, mi abuela se ponía zalamera con mi abuelo para introducir su mano rápidamente en la caja registradora y sacar otra moneda que me entregaba, haciendo un gesto de complicidad, como para que la guardara rápido y nadie se diera cuenta.

Mi abuelo manejaba su carro de regreso a la casa. Una vez allí, mientras mi abuela cocinaba la cena, yo corría a la calle a jugar con todos mis amigos de la cuadra.



7. Bailando Cumbia

Hace trece años una mañana cualquiera fui a desayunar mi habitual caldo colombiano a casa de mi abuela antes de ir a la oficina. Después de degustar la deliciosa sopa que Marina hacía cada mañana, que consistía en caldo de pollo, papas, cebollas, cilantro y huevo, empezó una inesperada conversación:

- Me siento perseguida por los judíos abuelita.
- ¿Eso por qué, mi hijita?
- Bueno, porque esta semana visité tres Sinagogas por distintas razones y fui al entierro de un judío, trabajo con una mujer judía y tengo un vecino judío.
- Nina, dicen que la sangre llama. Mis padres eran judíos alemanes.
- ¿Qué? Abuelita pero eso no puede ser. ¿Entonces, por qué nos criaron católicos y nos metieron en colegios de monjas? No entiendo.
- Bueno hija, cuando los padres de mi mamá emigraron de Europa a Colombia debido a la persecución nazi, en ese país hubo una guerra llamada de los mil días. De hecho, el padre de mi madre cambió su apellido y él y su esposa -mis abuelos- fueron asesinados cuando mi mamá era aún una niña. Después vino la época de la violencia en Colombia y nos mudamos a vivir en Venezuela.
- Entonces, ¿yo soy judía?

Mi abuela murió hace 13 años bailando cumbia. Yo, estaba en la inauguración de la Feria Iberoamericana de Arte cuando recibí una llamada de mi padre notificándome que mi abuela Marina había muerto después de que bailó su cumbia al son de Mariachis en la fiesta de la Señora Nino. Me sentí devastada por la pérdida de mi abuela, pero al mismo tiempo, sentía que la había disfrutado cada día de mi vida hasta el final. Ella murió exactamente como había pedido morir en los últimos cuatro años. Cada tarde rezaba el Rosario y pedía no morir de un cáncer, porque no quería morir como mi bisabuela Rosa.

Mi mamá me entregó el anillo de brillantes de mi abuela como había sido su deseo en vida. Ella me lo regaló en una ocasión y yo le dije que prefería que ella lo llevara y que me lo entregaran cuando ella muriera.

Marina fue la primera persona en ser cremada en nuestra familia. En el velorio todo el mundo se acercaba a mí para darme las condolencias y al mismo tiempo preguntaban:

- Y ¿cómo murió?

- Murió bailando Cumbia. ¡Una forma maravillosa de morir, una bendición!



8. La Dotti

Poco después de la muerte de mi abuela, decidí convertirme en artista y dedicarme al arte como forma de vida. No fue tarea fácil y comencé desde cero. Después de haber estado sumergida en el mundo de las finanzas y de haber trabajado en Nueva York -en Wall Street- dejé todo, incluso el negocio de la familia.

Comencé los caminos de la creación estudiando escultura y cerámica en la Escuela Arte y Fuego, pase de allí a la Asociación Venezolana de las Artes del Fuego, AVAF. Estudie Historia del Arte y Museología en la Universidad José María Vargas y trabajé cuatro años en el Museo Jacobo Borges. Inicié el trabajo de la Fundación de Arte Emergente, FAE. Desarrollé la metodología Exposición-Acción: Arte y Comunidad conjuntamente con Luis Galindo del Museo de Ciencias, y posteriormente logré aplicarla en colaboración con Gerardo Zavarce a través de las muestras: Álbum de Boda (2005) y Tránsito (2006).

Durante mi trabajo con la comunidad GLBT (Gay, Lesbiana, Bisexual y Trans) de Venezuela para la exposición Álbum de Boda, creé mis primeras obras, pero coloqué en los rótulos: creación colectiva. No me atreví a asumir la autoría de las obras. Cuando Gerardo Zavarce se dio cuenta, me llevó al Centro de Arte La Estancia a ver la exposición de Tina Modotti. Esta exposición marcó mi vida. Ella era fotógrafa de la revolución mexicana y miembro del partido Comunista, y transformó la visión social del arte. Me identifiqué tanto, que decidí adoptar un nombre artístico y elegí el de Nina Dotti, en honor a Tina Modotti.

En pleno impulso de mi carrera como artista, y después de haber salido en la primera plana de todos los periódicos nacionales de Venezuela, con mi obra “Plataforma: forma de hacer plata”, a la vez que realizaba la exposición “Tránsito” en la Organización Nelson Garrido (ONG), me mudé a la ciudad de Miami.

Decidí auto exiliarme porque no podía convivir con la revolución “bonita” de Hugo Chávez Frías, Presidente de la República Bolivariana de Venezuela. De esta forma, llegué a Miami con mis dos hijas de un año y tres años, un montón de cajas, y en el medio de la peor temporada de huracanes que ha habido en el estado de la Florida.



PRESS

EXHIBITOR

Name
Fuentes
Gallery Name
HAPPY HOUR ART

EXHIBITOR

ArtShow
Dec 5-10
SCOPE

SCOPE Art Fair
Dec 3-7 08
Exhibitor

SCOPE

HOUSTON

show

NEW

my name is
The

Abrí una galería de arte que llamé Hardcore inspirada en una exposición que vi en 2003 en el Palais de Tokyo en París, llamada “Hardcore: Nouvelle Activism”, curada por Jerome Sam y J. Castro. Confieso que escogí ese nombre porque me sonó a aquello de “corazón duro” o “corazón valiente”, que es en lo que yo pensé la primera vez que lo escuché. No era fácil dejar mi país para aventurarme a vivir en otro, donde nadie sabía quien era Andreina Fuentes y donde no podía tener todo lo que estaba acostumbrada a tener.

Durante las ferias y las inauguraciones de las exposiciones siempre usaba unos zapatos con tacones stiletos rojos que llamé los red chilli peppers, y que llamaban la atención poderosamente.

En una ocasión, poco después de comenzar el negocio de la galería, conocí a una coleccionista que se interesó en una de mis instalaciones “China Shipping”. Ella, muy amable, un día me invitó a conocer su colección de arte.

- Bella colección! exclamé.
- ¿Tú eres judía? Me preguntó.
- Bueno, parece que soy judía. Mi abuela quince días antes de morir me confesó que sus padres eran judíos.
- ¿Cuál era el apellido de tu abuela?
- Macías, respondí.
- ¿Sabías que Macías es uno de los más importantes apellidos judíos sefardíes?
- No, pero ahora lo sé.

Esa noche llegue a mi casa llena de curiosidad por averiguar acerca del apellido de mi abuelita: Macías.



9. Nubia

Mi madrina de bautizo es mi tía abuela Nubia, quien casualmente emigró junto a mi abuela y su familia a Venezuela, durante la época de la mayor violencia en Colombia. Después de mi abuela, Nubia siempre ha sido mi cómplice. Aun cuando todas nos casamos “con velo y corona”, ella y yo éramos las únicas divorciadas de la familia en ese momento.

Cada vez que iba a Venezuela desde mi auto exilio en Miami, visitar a Nubia era una de mis prioridades. En una de mis visitas, después de enseñarle a mi tía abuela todos los resultados de la investigación sobre la revelación que me había hecho mi abuela antes de morir, Nubia se ofreció a escribirme todo aquello que recordara de la historia de su madre, mi bisabuela Rosa.

En mi siguiente viaje a Caracas, como todos los anteriores, visité a la tía “Lluvia”, como le dicen mis hijas, y le llevé una botella de Buchanan 18, como siempre. Ella se tomaba su traguito, mientras yo me fumaba uno de mis habanos. Pero esa vez, se sentó a mi lado para entregarme un manuscrito de 16 páginas -escrito a mano en perfecta caligrafía Palmer- que contenía las memorias de la historia de la vida de mi bisabuela Rosa. Empieza así:

“Para mi dulce Andreina, con amor y gratitud, porque gracias a su empeño, el recuerdo de los nuestros se traspasará de la mejor manera a la memoria de las generaciones presentes y futuras, donde permanecerá. Porque como decía su bisabuela Rosa: “uno no muere cuando lo entierran, uno muere cuando ya nadie lo recuerda”. Este personaje fue mi madre, la madre de tu abuela Marina y de tu tío abuelo Eduardo. Era en verdad un personaje con una narrativa digna del mejor escritor, y aunque a veces parecía primitiva, tenía toda la sabiduría del mundo. Y no por haber leído, porque nunca aprendió a leer. Hablaba desde la experiencia que se adquiere de la vida y de lo vivido. Ella a veces parecía ruda, otras veces era generosa y tierna. A veces aderezaba las verdades que decía con refranes tan oportunos y tan bien aplicados a problemas y a situaciones reales, que después de escucharlos, no necesitábamos consejeros especializados.”

Nubia heredó muchos cuadros del pintor colombiano Segundo Agelvis. Me contó que una vez, cuando regresaban Marina y mi bisabuela Rosa de su taller, se encontraron con una mujer que le dijo que era su tía. Mi bisabuela, con visible nerviosismo y con los ojos casi desorbitados, le dijo que su familia estaba toda muerta y que ella no tenía más familia. Por lo visto, esa mujer era parte de la familia de la innombrable en la vida de mi bisabuela Rosa.



Agelvis fue un pintor autodidacta que provenía del mismo pueblo donde nació mi bisabuela Rosa. Crecieron juntos en las pequeñas plantaciones de tabaco de los alrededores. Comenzó como pintor de brocha gorda. A los 13 años, al morir su madre -que se encargaba de un pequeño negocio de tabaco como la familia de mi bisabuela- debió abandonar el colegio para trabajar al lado de su padre en un aserradero. Dos años después, comenzó a pintar fachadas y cielos rasos. Con dieciséis años se dio cuenta de que no podía contar con el apoyo de su familia y decidió dejar su casa y recorrer los pueblos de la región de Santander. Para sobrevivir, hizo letreros en tiendas de Pamplona, decoró las fachadas de las casas de los notables de San Gil, y en Barichara pintó los espaldares de las sillas del club. Así se fue dando a conocer y comenzó a ser solicitado por la gente pudiente de los diversos pueblos, hasta que consolidó su nombre y su maestría en los altos muros de las iglesias de Oiba, Betulia, Aratoca, Galán, Charalá, Socorro, Barbosa y Puente Nacional.

Con una escalera y sus potes de pintura al hombro, llegó a Bucaramanga, donde de inmediato lo contrataron para que decorara la mansión adjunta a la Cervecería Clausen. De las paredes, pasó a trabajar en los lienzos. El párroco de San Laureano, financiado por mi bisabuela Rosa, le encargó un óleo de la Virgen del Carmen, luego uno del padre Antonio María Claret y finalmente uno del Señor de la Buena Esperanza. También por encargo, hacía avisos publicitarios para la fábrica de cigarrillos La Imperial y para la cigarrería Virginia. Reconocida su vocación de pintor, atendía el llamado de párrocos, adinerados hacendados y prósperos comerciantes para satisfacer sus encargos. Incluso llegó a dictar clases en el taller de escultura de San Laureano, donde mi bisabuela Rosa lo visitaba con frecuencia, haciéndole numerosos encargos. Ella solicitó al pintor alemán Lorenzo Schmitz que le diera unas lecciones básicas. Un interés particular por la figura humana lo llevó a dedicarse al retrato. Entre el óleo y el dibujo quedaron plasmadas las damas prestantes como Rosa Macías, los hombres notables y los personajes típicos de la región: mendigos, locos, poetas ambulantes y músicos. El maestro Agelvis murió en 1988 a los 89 años, en Medellín, y es recordado por capturar la luz de los paisajes santandereanos. Ovejas, atardeceres, caminos de herradura, riachuelos completaron una obra de más de tres mil cuadros que se encuentran en museos y colecciones privadas como la de mi tía abuela Nubia. Tuvo una muestra retrospectiva en el Banco de la República de Bucaramanga que fue dividida en cuatro etapas: “El trashumante”, “El aprendiz”, “El oficio de pintor” y “Profeta en su tierra”. Una quinta parte, “El paisaje recobrado”, se exhibió en el Museo de Arte Moderno de Bucaramanga.

Agelvis fue un pintor autodidacta que provenía del mismo pueblo donde nació mi bisabuela Rosa. Crecieron juntos en las pequeñas plantaciones de tabaco de los alrededores. Comenzó como pintor de brocha gorda. A los 13 años, al morir su madre -que se encargaba de un pequeño negocio de tabaco como la familia de mi bisabuela- debió abandonar el colegio para trabajar al lado de su padre en un aserradero. Dos años después, comenzó a pintar fachadas y cielos rasos. Con dieciséis años se dio cuenta de que no podía contar con el apoyo de su familia y decidió dejar su casa y recorrer los pueblos de la región de Santander. Para sobrevivir, hizo letreros en tiendas de Pamplona, decoró las fachadas de las casas de los notables de San Gil, y en Barichara pintó los espaldares de las sillas del club. Así se fue dando a conocer y comenzó a ser solicitado por la gente pudiente de los diversos pueblos, hasta que consolidó su nombre y su maestría en los altos muros de las iglesias de Oiba, Betulia, Aratoca, Galán, Charalá, Socorro, Barbosa y Puente Nacional.

Con una escalera y sus potes de pintura al hombro, llegó a Bucaramanga, donde de inmediato lo contrataron para que decorara la mansión adjunta a la Cervecería Clausen. De las paredes, pasó a trabajar en los lienzos. El párroco de San Laureano, financiado por mi bisabuela Rosa, le encargó un óleo de la Virgen del Carmen, luego uno del padre Antonio María Claret y finalmente uno del Señor de la Buena Esperanza. También por encargo, hacía avisos publicitarios para la fábrica de cigarrillos La Imperial y para la cigarrería Virginia. Reconocida su vocación de pintor, atendía el llamado de párrocos, adinerados hacendados y prósperos comerciantes para satisfacer sus encargos. Incluso llegó a dictar clases en el taller de escultura de San Laureano, donde mi bisabuela Rosa lo visitaba con frecuencia, haciéndole numerosos encargos. Ella solicitó al pintor alemán Lorenzo Schmitz que le diera unas lecciones básicas. Un interés particular por la figura humana lo llevó a dedicarse al retrato. Entre el óleo y el dibujo quedaron plasmadas las damas prestantes como Rosa Macías, los hombres notables y los personajes típicos de la región: mendigos, locos, poetas ambulantes y músicos. El maestro Agelvis murió en 1988 a los 89 años, en Medellín, y es recordado por capturar la luz de los paisajes santandereanos. Ovejas, atardeceres, caminos de herradura, riachuelos completaron una obra de más de tres mil cuadros que se encuentran en museos y colecciones privadas como la de mi tía abuela Nubia. Tuvo una muestra retrospectiva en el Banco de la República de Bucaramanga que fue dividida en cuatro etapas: “El trashumante”, “El aprendiz”, “El oficio de pintor” y “Profeta en su tierra”. Una quinta parte, “El paisaje recobrado”, se exhibió en el Museo de Arte Moderno de Bucaramanga.



10. De velo y corona

Mi bisabuela se convirtió en una mujer de negocios apenas llegó a Bucaramanga. Ella comenzó lavando y planchando la ropa de los soldados en el río, después montó una especie de merendero donde servía comida, se hizo socia de la cerveza Bavaria de Bucaramanga y rentaba rockolas. Por la naturaleza de su trabajo nocturno, tanto mi abuela como mi tía abuela se educaron en el internado de las monjas de las Belenitas.

Poco a poco, Rosa compró toda una cuadra de casas en Bucaramanga y le regalo la primera casa a mi abuela, que entonces era soltera todavía. Mi abuela recibió de las monjas la más exquisita educación católica europea. Aprendió francés, a tocar el piano, a bailar, a coser y a cantar. Lista y casadera, mi abuela, que era muy enamoradiza, intercambiaba miradas y suspiros con un joven torero hasta que mi bisabuela Rosa se dio cuenta y tomó cartas en el asunto. Decidió que mi abuela debía casarse con José, un transportista de la Tropical Oil y le llevaba 24 años. Así pues, se casó de velo y corona.

Mi abuela tuvo todos sus hijos con partera en la casa que mi bisabuela le regaló. Preocupados por la escalada de la violencia en Colombia, mis abuelos decidieron emigrar a Venezuela. Mi tía abuela Nubia fue la siguiente en casarse en Venezuela. Mi mamá se caso también poco después. Rosa nunca se casó, pero sé que se sintió en paz porque logró su cometido: casó a todas sus hijas de velo y corona.

Poco después de conocer una parte de la historia de mi bisabuela Rosa, mi tía abuela Nubia me envió en un sobre a Miami su pasaporte y su partida de defunción. Allí descubrí que nunca se casó, que fue madre soltera en una sociedad totalmente clasista y conservadora.

Mi madre recordaba los perfumes, zapatos y sábanas de seda francesas de su abuela. Mi abuela heredó la más alucinante colección de joyas hechas con morocotas de oro. Nubia me habló constantemente de su madre recolectando el dinero del alquiler de rockolas en las noches. Sin duda alguna, Rosa fue una mujer que transgredió todas las reglas de su época y fue visionaria con sus negocios, llegando a tener mucho dinero. ¿Pero, qué hacía exactamente? Tanto dinero no parecía provenir de un negocio tradicional, legal... La confesión de Nubia fue la que más me ayudó con mis sospechas.

Por orden del Gobierno Nacional
se concede el presente pasaporte a

Ana Rosa Ma-
cías Rojas.

acompañado de

su hija Nubia
Macías

Dado en Bucaramanga

a 31 de Diciembre de 1952



Julio Vargas
JULIO MARTINEZ VARGAS
(FIRMA Y SELLO)
SECRETARIO DE GOBIERNO Y POLICIA
Encargado - Gobernación



Nacido en Galán (S)

el 27 de Noviembre de 1903

Cédula T.P.N. 56067 y -

en Bucaramanga

Profesión comerciante.

Estado civil soltera - -

A-RUEGO

Ana Macías

(FIRMA DEL INTERESADO)

11. Doña Delincuente

Un día recibí por e-mail una invitación para exponer en el centro cultural Artemisa, en Bucaramanga. Muy emocionada, llamé a Nubia para contarle.

- Tía, voy a viajar a Bucaramanga, tengo una exposición allá! Voy a poder averiguar más cosas para la novela que estoy escribiendo.
- Que bueno, hija, pero vas a descubrir muchas cosas de la familia. Nina, yo tengo que confesarte algo...

En esa llamada telefónica, Nubia me reveló que mi bisabuela tuvo tres casas de citas en Bucaramanga. Además, me indicó que probablemente yo sería capaz de encontrar esa información por internet, y así fue. Escribí en el buscador de Google: Rosa Macías prostitución Bucaramanga y apareció un estudio que data del año 2005, de la Universidad Industrial de Santander en Bucaramanga, realizado por Piedad Lucía Otero Uribe: Sexo Venal y Mujeres Tarifadas: Bucaramanga 1940-1960. Efectivamente, mi bisabuela Rosa era la protagonista: “Doña Delincuente”, como se conoció en los medios escritos de la época en Bucaramanga a esta mujer pública. En Bucaramanga prosperó la profesión más antigua del mundo entre 1940-1960. Era una ciudad apetecible por pobladores de otras ciudades y países. La doble moral de la sociedad Bumanguesa me motivó a publicar un escrito autobiográfico en el que caben estos relatos de la intimidad de mi bisabuela, para dignificar su historia. En Bucaramanga, mujeres como mi bisabuela buscaban mejorar su nivel de vida o escapar de la posibilidad de ser violadas o de ser convertidas en esclavas domésticas, recurriendo a la prostitución organizada. Mi bisabuela fue “Doña Delincuente”.

Sayonara "la
morta oscura"

Rosa "Doña Delincente"

Mujer "La Melagrosa"

12. La Milagrosa

Bucaramanga llegó a contar con más de 161 burdeles o casas de citas de diferentes categorías -para diferentes estratos sociales- y todos con permisos del Ministerio de Sanidad, como consecuencia de una gran epidemia de sífilis que se propagó rápidamente debido a la proliferación del sexo tarifado.

Las prostitutas, sin importar de donde vinieran -francesas, colombianas o venezolanas- tenían que ir cada mes al control impuesto por el Ministerio de Sanidad de Bucaramanga. Eran vacunadas para prevenir la pandemia y en una pequeña libreta llevaban el control sanitario.

Así mismo, las prostitutas embarazadas contaban con un recinto especial, donde eran llevadas muchas veces hasta que parían. Cuentan que mi bisabuela Rosa era muy considerada con sus empleadas y que les daba 15 días de permiso prenatal y postnatal, seguramente porque ella misma quedó embarazada a los cuarenta y cinco años de su pareja. Así concibió a Nubia.

Las mujeres públicas -llamadas por los medios de prensa de la época “Doñas Delincuentes”- no se casaban, y socialmente vivían una doble vida: la de su negocio y la de su familia. Paradójicamente, el sueño de una Meretriz era tener suficiente dinero como para educar a sus hijos en los mejores colegios católicos, los cuales financiaban generosamente.

La sociedad Bugamensa clasista contaba con dos cementerios. Uno para los ciudadanos “bien portados” y el otro para el resto, llamado el cementerio de los perros. Allí eran enterrados todos aquellos que no considerados dignos practicantes de los preceptos de la Iglesia católica.

En ese cementerio, que funcionó hasta el año 2010 en el centro de Bucaramanga, se encontraba la tumba de la Milagrosa. Nubia Ofir de los Ríos fue una joven prostituta a quien muchos bumangueses le atribuyen milagros. Mi bisabuela se encomendó a ella cuando supo de su embarazo y tuvo mucho miedo. Mi tía abuela, por supuesto, se llama Nubia.



13. El tesoro

En el idioma hebreo y en arameo antiguo, la palabra amor (ahavá) tiene un valor numérico de 13. Tina y yo tenemos trece cosas en común: tres nombres de pila, un alias, la fotografía, el arte, los artistas, los Estados Unidos, Frida, Diego, la lucha política, la revolución sexual, los amantes, el exilio y México.

Trece años me tardé en escribir estas trece historias. Hace trece años mi abuela me reveló un gran secreto sobre la familia y me instruyó sobre ciertas fechas históricas para que orientara mi investigación. Me habló de la inmigración alemana que llegó al Estado Soberano de Santander a finales del siglo XIX, de la guerra de los mil días, me contó sobre la persecución que sufrieron los padres de su mamá hasta que desaparecieron, me comentó sobre la violencia en Colombia y la inmigración de ellos a Venezuela, y me habló sobre una hacienda de tabaco y caña de azúcar, donde empezó toda esta historia, ubicada entre Galán y Río Negro, probablemente.

De Hipólito Macías y Domitila Rueda nacieron Macario Macías, que se casó en Galán con Onofir Guarín en 1894, y Demetrio Macías, que se casó con Ana Francisca Rojas en Galán en 1901, poco después de terminada la guerra de los mil días. Los padres de mi bisabuela Rosa desaparecieron de su vida cuando tenía 13 años, debido a una tragedia en la familia: uno de los niños de la familia de Macario, enfermó y se encontraba bajo el cuidado de Ana Francisca cuando cayó en una paila de melaza de azúcar y murió quemado.

13

Macario juró matar a Demetrio por este suceso. Las tres niñas del matrimonio Macías Rojas: Mercedes, Rosa y María Cándida fueron dejadas bajo la custodia de la tía Innombrable, y así fue como Demetrio Macías y Ana Francisca Rojas desaparecieron de la faz de la tierra. Después de este suceso, Mercedes se suicidó en el río por no poder soportar los maltratos de su tía, y María Cándida murió de fiebre española al poco tiempo. Rosa, mi bisabuela, se quedó sola e hizo su propia vida y su propia historia, convirtiéndose en Doña Delincuente.

Curiosamente, Demetrio Macías apareció en México durante los tiempos de la Revolución, según relata el libro “Los de abajo” de Mariano Azuela.

Existen dos versiones sobre la leyenda de la hacienda de la familia. Mi abuela Marina me decía que si encontraba la hacienda, debajo de un árbol de roble muy grande se encontraría un cofre con todos los documentos y recuerdos de la familia.

Por su parte, mi tía abuela Nubia me dijo que su mamá le contó que debajo del mismo árbol había un cofre lleno de morocotas de oro que serían para nosotras y que nunca, pero nunca, nos faltaría nada.

Mi historia parece salir de las narraciones latinoamericanas del realismo mágico: soy artista, madre, esposa, judía mesiánica, budista y Doña Delincuente. Tuve la fortuna de encontrar a Frida Khalo y luego a Tina Modotti, Artistas, mujeres, irreverentes, adelantadas a su época y a sus historias que me inspiraron.

Rosa Macías por Nubia Macías

Uno no muere cuando lo entierran, uno muere cuando ya nadie lo recuerda". Ese era el concepto de olvido que tenía tu abuela Rosa, mi madre, y también la madre de tu abuela Marina y de tu tío abuelo Eduardo. Tu abuela era un personaje con una narrativa digna del mejor escritor y, aunque a veces parecía primitiva, tenía toda la sabiduría del mundo. Y no por haber leído, porque nunca aprendió a leer. Hablaba desde la experiencia que se adquiere de la vida y de lo vivido. Ella a veces parecía ruda, otras veces era generosa y tierna. A veces aderezaba las verdades que decía con refranes tan oportunos y tan bien aplicados a problemas y a situaciones reales, que después de escucharlos no necesitábamos de consejeros especializados. Todo lo que aquí te escribo lo escuché directamente de ella.

Tu abuela Rosa nació del matrimonio de Demetrio Macías y Ana Francisca Rojas. De esa unión también nacieron otras dos niñas de las que nunca se mencionó el nombre. Solo sé que cuando ella hablaba de sus hermanitas que habían muerto, su rostro se ponía rígido y se le perdían los ojos en la distancia de los recuerdos. El gesto de su boca se transformaba en dolor, y yo, tan niña, nunca me atreví a preguntarle más. Cada vez que tu abuela visitaba el pasado traía en su equipaje un profundo dolor.

Cuando faltaba poco tiempo para el día su muerte, y quizás presintiéndola, me contó lo que aquí narro, tal vez como una forma de rescatarse de ese olvido tan temido y a veces tan deseado. Yo a la vez te paso a ti el testigo, para asegurarme de que el recuerdo de nuestro origen estará protegido por generaciones.

Es importante comprender que este relato es sólo el principio de un largo hilo que, como los libros sagrados, debe ser cuidadosamente comprendido en su esencia sin dejar cabos sueltos: los detalles, las señales y la forma intangible de lo que parecen casualidades no deben jamás ser pasados por alto. Aquí comienza una historia en cuyo final apareces tú. Es indispensable que comprendas que lo que se escriba después depende exclusivamente de ti. Esta es tu responsabilidad, por ser la heredera de una memoria que no debe morir jamás.

Mi madre me contó que sus abuelos venían de tierras muy lejanas y que de allí huyeron al ser perseguidos por la Inquisición.

El país de los españoles expulsó a sus abuelos, y desde allí algunos hermanos migraron hacia América y otros se quedaron en España, convirtiéndose al catolicismo y mezclándose con otras razas, pero fueron perseguidos de nuevo por sus orígenes. Los hermanos de América los mandaron a buscar para protegerlos. Así, unos se asentaron en México, otros en Colombia y otros en Ecuador.

Los abuelos de tu abuela y una tía (también esa tía era innombrable, ya sabrás por qué) se establecieron en un pueblo llamado Galán, en Santander del Sur, y allí se casaron y procrearon esta rama de la familia: la Macías Rojas. Para salir de España y finalmente sentirse a salvo, se vieron obligados a renunciar a su religión y, como renegados, vivían llenos de remordimientos y de vergüenza. No se mezclaban con otra gente y, por miedo a seguir siendo humillados o perseguidos, sólo se casaban entre la misma familia, posible causa por la cual muchos de sus hijos nacían con problemas, retrasos mentales o problemas motores.

La tía “innombrable” era una de las más afectadas, y dio a luz la mayor vergüenza de su familia. Tuvo varios hijos con su marido, que era terrateniente, y uno de ellos nació con taras y un retardo terrible. Ese hijo fue criado en el campo por los abuelos Ana Francisca y Demetrio, que eran sus tíos y sólo tenían niñas. Al joven había que darle la comida en la boca, no era capaz de llevar a cabo solo su higiene personal y los abuelos se abochornaban cuando salían con él a visitar a los parientes cercanos.

Ana Francisca siempre se encargó de su sobrino y lo cuidó como el hijo que no tuvo, pero tan inocentemente como vivió, ese joven fue el causante de la tragedia para mis abuelos y sus hijos. Un día, moliendo en el trapiche y mientras se cocinaba la melaza, el niño, queriendo probarla en un descuido de mi abuela, se cayó dentro de la paila y murió quemado. Cuando mandaron a llamar a los padres para avisarles, consiguieron por toda respuesta una amenaza de muerte, porque el cuñado había jurado venir a cobrar con sangre la tragedia de su hijo. Mi abuelo Demetrio, desesperado, le dijo a mi abuela que se iría “para el monte”, mientras pasaba el peligro, porque estaba seguro de que el cuñado sólo lo perseguiría a él. Pero Ana Francisca no quiso dejar sólo a su marido, y entonces decidieron entregarle sus tres hijas a su otra hermana, diciéndole que regresaban a buscarlas apenas hubiera pasado el peligro. Nunca más se supo de ellos. Se dijo que el cuñado, que además era compadre, los había encontrado en el camino y los había matado.

Mi madre y sus dos hermanas fueron las huérfanas dejadas en casa de su tía y luego abandonadas a su suerte. La tía las sometía a terribles maltratos y abusos, y las obligaba a atender a sus hijos retrasados. La hermana mayor, que no aguantó más, en un momento desesperado se suicidó lanzándose de un peñasco en una cascada, camino que también estuvo a punto de tomar mi madre cansada de pasar trabajo y de los malos tratos de su tía, que además de obligarlas a cuidarle a los hijos, las hacía pasar hambre.

Para poder comer, mi madre robaba huevos del gallinero y cuando se iba al río, a lavar la ropa de la familia, los enterraba en la arena para que el sol los cocinara. A veces pescaba en el río y cocinaba con leña algún plátano, yuca o papa que tuviera la suerte de encontrar por el camino. Y así pudo alimentarse, con comida robada, pescada y encontrada. Ahora entiendo por qué, cuando veía que se cocinaba en su casa más de lo necesario y pretendían botar las sobras, se enfurecía y decía: “yo traigo de todo en abundancia porque ustedes no saben lo que es pasar hambre. Por hambre el ser humano roba, mata y se prostituye icarajo!”. Entonces nosotros ya sabíamos lo que venía. Al día siguiente no hacía mercado y nos obligaba a hacer su famoso “recalentado”, que consistía en picar el sobrado de carne, pollo, arroz, papa y lo que hubiera y mezclarlo todo en un caldero con un sofrito de cebolla, cilantro y tomate. El recuerdo del sabor de aquel plato se mezcla en este momento con el sabor de mis lágrimas. Lágrimas de nostalgia porque ella ya no está, y de gratitud a la vida por habérmela dado como madre. Su ejemplo y los recuerdos de su vida son y han sido el mejor ejemplo para la mía.

Hasta hoy, yo soy incapaz de botar un pedazo de pan porque mi madre no lo permitía. Las cocineras y los empleados tenían buen cuidado de recogerlos y depositarlos en una cesta, que ella tenía colgada en un lugar especial en la cocina. Estas sobras de pan las remojaba en leche y así alimentaba a los pájaros que tenía en casa y a los que llegaban a su patio lleno de matas y árboles frutales. Y como a mí no me gusta tener pájaros, hago una torta de pan fabulosa.

Si ella llegaba a ver un pedazo de pan en la basura, hacía un recuento de la cantidad de trabajo que había detrás de cada hogaza de pan, desde que se preparaba la tierra para sembrar el trigo. Nos contaba del trabajo del sembrador en los días de labor, del sol inclemente, y luego la limpieza del trigo, la molida para obtener la harina, el llenado de los sacos, el transporte, el trabajo del panadero, el calor de los hornos y, por último, cómo tuvo que trabajar el cliente final para ganar el dinero para llevarlo a su casa. Y remataba con esta sentencia: “¡para que venga un hijo e’ puta a botarlo!”.

Alguna vez que la asaltaron los recuerdos, me contó porque estuvo a punto de seguir el mismo camino que su hermana mayor y suicidarse tirándose del peñasco. Un día, lavando en el río la ropa de sus primos y sus tíos, sintió un ruido y, al levantar la vista, vio a un tigre mirándola de frente. Temblando de pánico, corrió a casa de su tía gritando que un tigre se la quería comer. La tía pensó que era una mentira para no lavar la ropa y le cayó a palos queriéndola obligar a regresar al río. Ante tal injusticia y el pavor que sentía, salió corriendo directo al peñasco donde ya se había suicidado su hermana mayor queriendo hacer lo mismo. Cuando la tía, que corría tras ella, persiguiéndola, se dió cuenta de lo que ella iba hacer, se arrodilló asustada y le juró que nunca más le negaría ni la castigaría. Así que entre sollozos y tras una ardua labor de convencimiento, mi madre decidió perdonarla, una vez más. A partir de ese momento, las cosas mejoraron aunque nunca dejaron de afectarla despectivamente.

En su corazón, ella siempre conservó la esperanza de que sus padres estuvieran vivos. Me contó que una vez, cuando su hermanita pequeña se enfermó, aparentemente de la gripe española y tenía una fiebre altísima, ella sintió que la puerta de la habitación se abría despacito y al levantar la cabeza, pensando que era su tía, su mayor sorpresa fue ver a su madre que entraba en la habitación y se inclinaba al lado de la cama que ambas hermanitas compartían. Estuvo a punto de gritar de alegría, pero Ana Francisca le hizo una señal para que se callara. Mi madre vio a mi abuela al pie de la cama, muy cerca de su hermanita, quitándole la ropa bañada en sudor. Luego la calmó, le cambió la sábana, y cuando la sintió tranquila y dormida, las besó a ambas dulcemente y se despidió haciendo la misma señal de silencio. En la mañana, cuando la tía entro en su cuarto encontró a la pequeña muerta. Al despertar a mi madre, ella le contó lo sucedido. Su tía sólo le dijo: “nunca repitas lo que me acabas de contar, porque tu madre está muerta”.

Al recordarlo lloraba tan desconsoladamente que la abracé y lloré con ella. Lloré con desesperación porque allí supe, en ese mismo instante, que a mi madre le quedaban pocos días de vida y yo sentía que había desperdiciado, sin saberlo, el tiempo que pasé a su lado. A partir de ese día, ella le pedía a Dios el favor de enfermarse como su hermana para poder volver a verla.

De jovencita, tu abuela Rosa era muy hermosa y muy coqueta. Se pintaba las mejillas con papel crepé y las cejas, que no eran muy abundantes, se las delineaba con leños quemados a los que les sacaba punta. El perfume se lo preparaba ella misma con jazmines en flor y clavos y canela. A Jesús Valenzuela, su primer marido y padre de María y Eduardo, lo conoció porque era amigo de sus tíos. Él era descendiente de emigrantes alemanes que también huían y al verla tan buenamoza, se enamoró al instante y comenzó el cortejo. Aunque casi le triplicaba la edad, eso no fue obstáculo para que ella se enamorara de él.

Jesús Valenzuela era rubio y tenía ojos azules como el cielo. Iba vestido siempre de un blanco tan blanco como su caballo de paso fino. Así que, enamorada, mi madre sintió que la vida finalmente la estaba recompensando por tantos años de sufrimiento, hambre y trabajo. Jesús se la llevó a su hacienda a vivir como la señora de su casa. Lo que ella no sabía, era que Don Jesús, aparte de tener galantería, hacienda, bienes, caballos y dinero, era un don Juan empedernido.

Al poco tiempo de vivir juntos, mi madre se dio cuenta de que las salidas de su marido no eran precisamente de trabajo. Jesús Valenzuela tenía más de un romance al tiempo y la vida de mi madre había dado un vuelco enorme porque estaba embarazada de Eduardo. Se levantaba de madrugada a revisar la comida de los peones y constatar que en la hacienda se cumplieran las labores. Viendo lo eficiente que era su mujer, Don Jesús tenía más tiempo para alargar sus parrandas.

Se metía en los bares vecinos con caballo palomo incluido, y adentro se pavoneaba, haciéndolo marchar, destruyendo más de un tugurio. Luego, a mi madre le llegaban las cuentas de los daños causados por Jesús Valenzuela y su caballo. Faltando poco para el parto, llamaron con urgencia a mi madre porque unos conucos donde cosechaban tabaco estaban a punto de incendiarse y no encontraban a Don Jesús. A mi madre se le olvidó que estaba a punto de parir, se montó en su yegua y se largó a dar órdenes y ver como evitaba la pérdida de la cosecha. Cuando logró controlar la emergencia, montó camino a casa y, en el trayecto, le comenzaron los dolores de parto y no le quedó otra salida que bajarse del animal y parir debajo de un árbol a su primer hijo. Don Jesús no llegó a conocer a su hijo sino cuando regresó de su parranda, varios días después.

Entre parir, criar a su hijo y trabajar en el campo, se le fue pasando el tiempo, y embarazada por segunda vez, las cosas con Jesús iban empeorando. Ya casi ni sentía rabia por las aventuras de su marido y, como suele suceder, se refugiaba en la alegría que compartía con su hijito. Ella siempre sintió que Eduardo era su niño, quizás por eso nunca lo dejó crecer. Al cabo de unos meses dio a luz a una niña preciosa, con cabellos amarillos como el sol y ojos verdes como la esperanza.

En sus niños volcaba todo su amor y todo su tiempo y Jesús también los quería mucho. Sólo que, a estas alturas de su vida, se sentía poco querida, utilizada, y el amor se le había ido muriendo. Don Jesús continuaba con sus aventuras sin prestarle mucha atención, pero sí le armaba unos terribles ataques de celos sin sentido. Su marido, como ella misma lo decía, era también el marido de muchas otras.

Y como tu abuela jamás fue cómoda ni conformista y siempre creyó que la vida le deparaba mucho más que cuernos y trabajo duro, un día se armó de valor, tomó un poco de dinero, hizo un atado con ropa y dejó la hacienda para no volver jamás, dejando atrás al marido pero llevándose a sus hijos.

Y esa es la historia de cómo tu abuela se fue del campo y llegó a la ciudad más cercana, que era Bucaramanga.

Lista de Obras de la exposición

Nina Dotti

Virgen del Carmen, 2014

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

33,02 x 48,26 cm

Nina Dotti

Andreina, 1972

Fotografía blanco y negro

5 x 5 cm

Nina Dotti

Vintage, 2014

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

48,26 x 33,02 cm

Nina Dotti

Maria Maletas, 2014

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

48,26 x 33,02 cm

Nina Dotti

I Kiss many Frogs to find my Pig Charming, 2007

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

48,26 x 33,02 cm

Nina Dotti

Inmaculada Confusión , 2014

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

33,02 x 48,26 cm

Nina Dotti

Mi Coco Chanel, 2014

Collage sobre papel

20 x 20 cm

Nina Dotti

Bailando Cumbia, 2014

Fotografía, papel fotográfico 100% algodón

48,26 x 33,02 cm

Nina Dotti
Nina-Tina, 2014
Fotografía, papel fotográfico 100% algodón
48,26 x 33,02 cm

Nina Dotti
Red Hot Chili Peppers, 2014
Fotografía, papel fotográfico 100% algodón
48,26 x 33,02 cm

Nina Dotti
Le Divorce, 2008
Fotografía, papel fotográfico 100% algodón
48,26 x 33,02 cm

Segundo Agelvis
Rosa Macías
Técnica mixta sobre tela

Nina Dotti
De velo y corona, 2014
Collage sobre papel
20 x 20 cm

Nina Dotti
Pasaporte, 2014
Collage sobre papel
20 x 20 cm

Nina Dotti
Frida Curada Selfie , 2014
Collage sobre papel
20 x 20 cm

Nina Dotti

Inició sus estudios de escultura y cerámica en la Escuela Arte y Fuego, en Caracas, Venezuela. Asistió al taller del escultor Marcos Salazar. Durante el año 2002 estudió en la Escuela de Fotografía de Roberto Mata. En el 2003 obtuvo la Licenciatura en Museología e Historia del Arte de la Universidad José María Vargas. Durante los años 2004 al 2006 participó en diferentes actividades en la Escuela de Fotografía de la Organización Nelson Garrido (ONG).

Ha participado en las siguientes exposiciones colectivas y ferias de arte: (2013) “Bonie Cock Cakes”, P.S.H Project, Context, Miami, EEUU. “Art and Toys”, P.S.H. Project, Miami, EEUU. “Déjalo ir, lo mejor está por venir”, P.S.H. Project, Lima Photo, Lima, Perú. “Gallinero vertical, NO HAY, Prohibido cagarla mas”, Feria Iberoamericana de Arte (FIA), Caracas, Venezuela. “Reflexions of myself”, P.S.H. Project, Scope, Basel Suiza. Pinta London, P.S.H. Project, Londres, Inglaterra. LINK, P.S.H. Project, Hong Kong, China. “Let it go, the best is yet to come” Bienal del Sur Ciudad de Panamá, Panamá (2010). “Go Green BP”. Hardcore Art Contemporary Space. Scope Miami. Miami, EEUU. “I stole this bike at Basel”. Hardcore Art Contemporary Space. Scope Basel, Suiza. “Superwoman TV Show”. Latin American Art Center. Shanghai, China. “Hot Flashes Bar”. Club MINT. Art Shanghai. Shanghai, China (2007). Art as Universal Language, Hollywood Cultural Center, Miami, EEUU. Saints, Biches and Wishes, en el Miami Dade College (2005). “Tránsito”, ONG (Organización Nelson Garrido) Caracas, Venezuela. (2004). “Album de Boda”, CELARG, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, Venezuela.

Entre sus exposiciones individuales destacan: (2014) “The Next Big Thing is Me”, Galería 13 Jeanette Mariani. Paris, Francia. “Doña Delincuente”, Artemisia, Bucaramanga, Colombia. (2013) “Tipping Point” Galería Dot Fifty One. Miami, EEUU. (2012) “P.M.S.” Galería13, Jeanette Mariani. Paris, Francia. (2008) “Wedding Cake Toppers & Once Upon a Time”. Galería13 Jeanette Mariani. Paris, Francia. (2007) “99 Cts. Cliché”, Hardcore Art Contemporary Space. Miami, EEUU. (2006) “China Shipping”. Hardcore Art Contemporary Space. Miami, EEUU. Actualmente vive y trabaja en Miami, Florida, EEUU.

Gerardo Zavarce

Licenciado en artes, mención Promoción Cultural, por la Universidad Central de Venezuela (2000), se ha desempeñado como investigador, promotor y asesor en el área de cultura. Ha sido profesor de las cátedras de Sociología del Arte, Análisis de la Realidad Sociocultural, Seminario de Estética y Servicio Comunitario de la Escuela de Artes de la UCV; igualmente de la cátedra de Historia del Arte y Simbología y Semiótica de la Universidad Nacional Experimental de Yaracuy. Ha participado como organizador y ponente de eventos nacionales e internacionales y colabora permanentemente con diversas publicaciones de arte. Actualmente se desempeña como curador e investigador independiente.

Ahora me ves pero me vuelvo invisible,
ahora estoy pero manana me voy

Namaste

Este catálogo se publicó en el contexto de la exposición Doña Delincuente.

13 Historias, que tuvo lugar en el Espacio para la Cultura Artemisia, del 25 de Julio al 25 de Agosto de 2014.

Espacio para la Cultura Artemisia

Carrera 16 # 18-35

Barrio San Francisco , Bucaramanga , Colombia.

www.artemisiafundacion.org

